

# Llamados a la santidad: la propuesta de san Francisco de Sales y del papa Francisco

La llamada universal a la santidad está arraigada en la más viva y firme tradición de la Iglesia Católica. Todos en ella estamos llamados a ser santos, “porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación” (1 Tes 4, 3). Creados a imagen y semejanza de Dios, el santo por antonomasia, somos convocados a la santidad. Llegar a imprimir en nuestro propio ser, el ser de Dios, hacer crecer y desarrollar en nosotros esta imagen y semejanza divina en que hemos sido constituidos, es el reto radical y la empresa más apasionante que un hombre o una mujer pueden emprender.

Este es el designio y la voluntad de Dios. Él quiere nuestra santidad. Quiere que los creyentes hagamos de nuestra vida un camino de santificación, porque Él nos ha elegido, antes de la creación del mundo “para ser santos e inmaculados en el amor” (Ef 1, 4). Las palabras de Jesús: “Sed perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto” (Mt 5, 48), siguen siendo una exigencia dirigida a sus discípulos. Cristo es el fundamento de toda santidad. En su nombre somos seguidores e imitadores suyos. Él llama a todos a seguir su camino de santidad, a ser santos como también Él lo es.

En esta tradición, que comienza con Cristo, se insiere san Francisco de Sales. Su vida y sus escritos constituyen un testimonio eminente de esta enseñanza que, en el siglo XVII, quedaba bastante oscurecida. Es el mensaje que insistentemente dirige a sus contemporáneos. Representa una de las aportaciones más importantes del santo a la espiritualidad cristiana.

El sentido y la finalidad de estas páginas es presentar la invitación a la santidad que hace a todos los cristianos el santo obispo de Ginebra y el camino pedagógico que él traza<sup>1</sup>, destacando la actualidad del mensaje a la luz de la propuesta que en estos años está haciendo el papa Francisco.

## Una invitación revolucionaria

En la audiencia general mantenida el 2 de marzo del año 2011, el papa Benedicto XVI, refiriéndose a san Francisco de Sales señalaba que el santo obispo de Ginebra hizo en la *Introducción a la vida devota*, “una invitación que en su época pudo parecer revolucionaria: ser completamente de Dios, viviendo en plenitud la presencia en el mundo y los deberes del propio estado”<sup>2</sup>.

Francisco de Sales fue, sobre todo, un pastor celoso, ardiente, un apóstol infatigable, dispuesto a sobrellevar trabajos, dificultades y sufrimientos por el Reino de Dios y la salvación de las almas. Todos los afanes le parecen pocos para anunciar el Evangelio y construir la Iglesia de Cristo. En su ingente acción pastoral alcanza una

---

<sup>1</sup> He tratado ampliamente este tema en: *Una espiritualidad del amor: San Francisco de Sales*, Editorial CCS, Madrid 2007, pp. 13-32; *La santidad para todos. Cartas de san Francisco de Sales a seglares*, Editorial CCS, Madrid 2013, pp. 383-403; *Santidad en san Francisco de Sales*, Editorial CCS, Madrid 2021.

<sup>2</sup> Audiencia general del miércoles 2 de marzo de 2011.

resonancia especial, la audacia misionera, la predicación, la dirección espiritual, la reforma de la diócesis y la densidad de sus escritos. Y en ella, en sus diversas acciones e intervenciones, está muy presente esa “invitación revolucionaria”, que no es otra que la llamada universal a la santidad. Pero el mayor impacto, como señala Benedicto XVI, se debe a la publicación de la *Introducción a la vida devota*.

De forma muy hermosa y sencilla escribe: “Dios, en el acto de la creación, mandó que cada planta diera fruto según su especie; de igual modo ordena a los cristianos, plantas vivas de su Iglesia, que produzcan frutos de devoción, según su propio estado y condición. La devoción debe ser practicada de forma diferente por el caballero, por el artesano, por el criado, por el príncipe, por la viuda, por la doncella, por la casada; y no solo esto, hay que acomodar también su práctica con las fuerzas, las ocupaciones y los deberes de cada estado... Es un error –mejor dicho, una herejía– querer desterrar la vida devota de los cuarteles de los soldados, del taller de los artesanos, de la corte de los príncipes, de los hogares de los casados... Dondequiera que nos encontremos, podemos y debemos aspirar a la vida perfecta” (I I, 3).

En su época, fue realmente una propuesta revolucionaria, un mensaje que sorprendió muy fuertemente a los contemporáneos del obispo de Ginebra. Quizá porque en el siglo XVII, como él mismo advierte, “el mundo difama cuanto puede la devoción, pintando a las personas devotas con un talante sombrío, triste y melancólico, proclamando que engendra caracteres malhumorados e insoportables” (I I, 2); o quizá porque en los tiempos del santo se pensaba que la santidad estaba reservada a muy poca gente, que era cosa de frailes, monjas y beatas, propia de quienes se retiraban y alejaban del mundo.

Contra esta opinión generalizada, se alza san Francisco de Sales, mostrando a todos que se puede vivir en el mundo, en medio de las preocupaciones, de los avatares y quehaceres de la vida, y ser santo. A cuantos no se les ocurre pensar en ello, a quienes no se atreven a iniciar el camino, a cuantos pretextan dificultades y obstáculos, les dice: “Yo quiero mostrar a los tales que así, como la madreperla se conserva en medio del mar sin dejar la entrada a una sola gota de agua salobre, y lo mismo que en las islas Celedonias existen fuentes de agua potable entre las ondas marinas, y al modo que las salamandras revolotean entre llamas sin chamuscarse sus alas, un alma vigorosa y constante puede vivir en el mundo sin contaminarse de mundanales humores; puede dar con manantiales dulcísimos de piedad entre las amargas olas del siglo; puede volar entre las llamas de los bajos apetitos sin que el fuego terrenal toque sus alas de puros deseos de devoción” (I pról.).

No es preciso, según el obispo de Ginebra, huir del mundo, abandonar las preocupaciones y los trabajos de la vida. En todas partes se puede cumplir la voluntad de Dios; en todas las situaciones se puede vivir la perfección de la caridad; en todos los estados se puede caminar hacia la santidad.

El pensamiento que con tanta precisión expone en la *Introducción a la vida devota*, lo divulga insistentemente en sus cartas espirituales. Así, a la señora de Brûlart le escribe en los comienzos de la dirección espiritual: “Tiene un gran deseo de perfección cristiana; es el deseo más generoso que puede concebir; foméntelo, hágalo crecer todos los días. Los medios para llegar a la perfección son distintos según la diversidad de las vocaciones, pues religiosos, viudas y casados deben todos buscar la perfección, pero no por el mismo medio. Los medios de que usted dispone, estando como está casada, son:

unirse a Dios, al prójimo y a cuanto depende de ellos” (L II, 267). Porque la santidad, cuando es verdadera, nada perjudica; al contrario, todo lo perfecciona: “Con ella, el cuidado de la familia se hace más apacible; el amor del marido y de la mujer, más sincero; el servicio al príncipe, más fiel, y todas las ocupaciones, en general más suaves y amables” (I, I, 3).

En el mismo sentido escribe a la señora de Limojon: “No quiero una devoción extravagante, confusa, melancólica, molesta, triste, sino una piedad dulce, suave, agradable, apacible y, en una palabra, una piedad muy libre, que se haga amar de Dios, primero, y después de los hombres” (L III, 59). Y al duque de Bellegarde, que mantiene su compromiso de santidad “en medio de las vanidades de la Corte”, le dice: “El mundo le admirará y, a pesar de su mala disposición, le mirará con honor, cuando le vea en medio de sus palacios, galerías y salones, conservar cuidadosamente las reglas de la devoción, pero una devoción prudente, seria, fuerte, inquebrantable, noble y enteramente suave” (L VI, 195).

El anhelo hacia la santidad es el gran deseo que tantas veces expresa familiarmente en sus cartas. Así, escribe a la señora de Escrilles: “Mi alma le desea a la suya, la cima de la santidad” (L VI, 175); “No dejaré nunca de pedir a la divina Majestad, la perfección de su corazón, al que el mío ama, quiere y honra tiernamente”, dice a la señora de Peyzieu (L VI, 301); “No me es posible decirle con qué ardor desea mi alma a la suya, la perfección del amor de Dios... Dios le mantenga siempre de su santa mano y consolide cada vez más este generoso y celestial proyecto que le concede de consagrarle toda su vida”, escribe al duque de Bellegarde (L VI, 212).

Este mensaje de san Francisco de Sales produjo sorpresa y fuerte asombro. Pero su impacto y repercusión fueron también muy grandes en la espiritualidad cristiana, de manera particular, en la espiritualidad laical. Tuvo gran acogida en la Iglesia y en la reforma tridentina, motivando y estimulando la renovación desde dentro y orientando un camino de perfección. Pero, quizá, lo verdaderamente importante y significativo es que este mensaje sigue estando muy vivo y presente en la Iglesia.

## **Actualidad del mensaje salesiano**

La invitación revolucionaria de Francisco de Sales constituye actualmente, de manera especial desde el concilio Vaticano II, la propuesta eclesial. La constitución *Lumen Gentium* dedica el capítulo V a explicar “la universal vocación a la santidad en la Iglesia”. Según la constitución conciliar, la Iglesia es “indefectiblemente santa” porque tiene su origen en Dios, que es santo; porque Cristo la amó como a su esposa y se entregó a sí mismo por ella para santificarla. Por eso, en la Iglesia todos están llamados a la santidad.

Con claridad y firmeza enseña el Vaticano II que la santidad no es algo del pasado, que no es simplemente cosa de curas, frailes y monjas, que todos los cristianos estamos llamados a ser santos en la vida cotidiana, también los laicos: “A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios, gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y las ocupaciones del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por

Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento”<sup>3</sup>.

Casi con las mismas palabras de san Francisco de Sales repite la constitución conciliar sobre la Iglesia: “Todos los fieles de cualquier estado y condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena”<sup>4</sup>; y también: “Todos los fieles cristianos están invitados y deben tender a la santidad y a la perfección dentro del propio estado”<sup>5</sup>. Según la enseñanza conciliar, la raíz de esta vocación es el Bautismo. Revestidos de Jesucristo y habitados por su Espíritu, el compromiso del cristiano está en “manifestar la santidad de su ser en la santidad de todo su obrar”<sup>6</sup>.

La importancia de este mensaje la expresó el papa san Pablo VI, declarando: “Es el elemento más característico del entero magisterio conciliar y, por así decirlo, su fin último”<sup>7</sup>. En este sentido, explicaba también san Juan Pablo II que el Concilio Vaticano II pronunció palabras luminosas sobre la vocación universal a la santidad, de tal manera que se puede decir que “esta llamada ha sido la consigna fundamental confiada a todos los hijos y las hijas de la Iglesia por un concilio convocado para la renovación evangélica de la vida cristiana”<sup>8</sup>.

Ambos pontífices se refieren a san Francisco de Sales como precursor y pionero. Pablo VI declara: “Ninguno mejor que Francisco de Sales, entre los recientes doctores de la Iglesia, ha sabido, con la profunda intuición de su sagacidad, prevenir las deliberaciones del Concilio. Él ayudará con el ejemplo de vida, con la abundancia de una doctrina pura y sana, con su seguro método de espiritualidad, abierto a la perfección cristiana de personas de todo estado y condición”<sup>9</sup>.

Juan Pablo II termina la reflexión sobre la vocación laical en la exhortación postsinodal *Christifideles laici* con estas palabras: “Podemos concluir relejendo una hermosa página de san Francisco de Sales, que tanto ha promovido la espiritualidad de los laicos. Hablando de la devoción, es decir, de la perfección cristiana o vida según el Espíritu, presenta de manera simple y espléndida la vocación de todos los cristianos a la santidad y, al mismo tiempo, el modo específico con que cada cristiano la realiza”<sup>10</sup>. Y cita el papa a continuación el texto del capítulo tercero de la parte primera de la *Introducción a la vida devota*, al que hemos aludido.

Realmente, el mensaje conciliar está muy presente en las palabras y los escritos de los papas del posconcilio: Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. Al comienzo del nuevo milenio, san Juan Pablo II propuso a la Iglesia como programa fundamental, la santidad de vida: “Es el momento de proponer a todos con convicción este alto grado de la vida cristiana ordinaria”<sup>11</sup>. Es la perspectiva en que se sitúa el

---

<sup>3</sup> *Lumen Gentium*, 31.

<sup>4</sup> *Lumen Gentium*, 40.

<sup>5</sup> *Lumen Gentium* 42.

<sup>6</sup> *Lumen Gentium*, 16.

<sup>7</sup> Carta apostólica *Sanctitas clarior*, 19 de marzo de 1969 (AAS 61, 1969, 149-153).

<sup>8</sup> Exhortación postsinodal *Christifideles laici*, 16.

<sup>9</sup> Carta apostólica *Sabaudiae Gemma*, 27 de enero de 1967.

<sup>10</sup> Exhortación postsinodal *Christifideles laici*, 56.

<sup>11</sup> *Novo Millennio Ineunte*, 5.

seguimiento de Cristo, al que está llamado todo cristiano. Y el Papa advertía que recordar esta verdad elemental, poniéndola como fundamento de la pastoral al inicio del nuevo milenio, podría parecer poco práctico a algunos. Sin embargo, para él, poner toda la programación pastoral de la Iglesia bajo el signo de la santidad significa expresar la convicción de que siendo el Bautismo una verdadera entrada en la santidad de Dios, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre.

Sería malentender el ideal de la perfección considerarla como si implicase una vida extraordinaria. Es, más bien, un ideal al alcance de todos. Por eso subraya san Juan Pablo II que es el momento de proponerlo a todos. La vida de la comunidad cristiana debe discurrir en esta dirección, aunque “los caminos de la santidad son personales y exigen una pedagogía de la santidad, verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona”<sup>12</sup>.

Tender a la santidad es la mayor respuesta a los desafíos del mundo contemporáneo. Por ello, según Benedicto XVI, no se debe perder la actualidad de ese gran maestro de espiritualidad que es san Francisco de Sales, “que lega a sus discípulos el espíritu de libertad, la verdadera, como culmen de una enseñanza fascinante y completa sobre la realidad del amor”; él nos “recuerda que el hombre lleva inscrita en lo más profundo de su ser la nostalgia de Dios y que solo en Él encuentra la verdadera alegría y su realización más plena”<sup>13</sup>.

En esta perspectiva conciliar se sitúa también el magisterio del papa Francisco. Desde comienzos de su pontificado anima a todos los cristianos a dejarse interpelar por el Evangelio, a vivirlo con radicalidad, sinceridad y alegría. De manera explícita y directa, propone a la comunidad cristiana la santidad de vida en la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (2018). Como declara desde el principio del documento, este es su verdadero objetivo: “Hacer resonar una vez más la llamada a la santidad, procurando encarnarla en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades. Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor (Ef 1, 4)”<sup>14</sup>.

Pero Francisco no solo proclama la llamada universal a la santidad. Explica también su verdadero sentido, sus interpelaciones en el mundo y en el momento actual, mirando a Cristo y animando a los creyentes a confrontarse con su vida y con su palabra. De manera pormenorizada vamos a intentar ver y cotejar la invitación de san Francisco de Sales y la propuesta del papa Francisco. Puede aparecer así mejor reflejada la actualidad del mensaje del obispo de Ginebra.

## Santidad en lo cotidiano

Todos sin excepción estamos llamados a la santidad y hemos de alcanzarla en la vida cotidiana. Para san Francisco de Sales, la perfección cristiana no es ajena ni a los cuarteles, ni a los comercios, ni a los talleres, ni a los hogares familiares, ni a los salones de los príncipes. No aparta a nadie de sus tareas de cada día, de su profesión, de su trabajo,

---

<sup>12</sup> *Novo Millennio Ineunte*, 31.

<sup>13</sup> Audiencia general, miércoles 2 de marzo de 2011.

<sup>14</sup> *Gaudete et Exsultate*, 2.

relaciones y compromisos; al contrario, estimula a realizarlos con mayor competencia y perfección. Dios llama a la santidad en las condiciones ordinarias de la vida y se vive gestionando los propios asuntos temporales y ordenándolos a Dios. Es en la vida de cada día donde Él nos espera y donde se manifiesta su voluntad y su amor. La vida cotidiana es el ámbito privilegiado para encontrarlo, aún cuando los hombres y mujeres estemos tentados de buscarlo en otra parte, en una condición de vida diferente a la propia. Dios se manifiesta en la vida real y concreta<sup>15</sup>.

Expresamente declara en el prólogo de la *Introducción a la vida devota* que su intención es “instruir a los que habitan en las ciudades, viven entre sus familias o en la corte y, por su condición, están obligados a profesar una vida común en cuanto a lo exterior”. A ellos quiere mostrarles que se puede vivir en el mundo y emprender el camino de la “devoción”. No se trata, pues, en el camino de la perfección al que invita el obispo de Ginebra, de buscar y escoger medios extraordinarios. Basta amar a Dios cada día en la sencillez y rutina del quehacer diario y de cumplir su voluntad. Porque, para san Francisco de Sales, la vida mística es la vida cotidiana, con sus acontecimientos previsibles e imprevisibles, sus sufrimientos y sus alegrías, sus preocupaciones y sus consuelos, la vida natural, pero penetrada toda ella por la voluntad de Dios<sup>16</sup>. Francisco de Sales no niega el valor ni la posibilidad del éxtasis místico; habla abundantemente de él en el *Tratado del amor de Dios*. Sin embargo, para el santo, la piedra de toque de la verdadera vida cristiana es el “éxtasis de la vida y de la acción”; es decir, la vida cristiana ordinaria, vivida por cada uno según la propia condición, pero enraizada y sostenida en el amor de Cristo.

De manera muy concreta enseña san Francisco de Sales que la voluntad de Dios se expresa en los mandamientos, en los deberes del propio estado, en los acontecimientos que nos ocurren y entretejen nuestra jornada. En el camino de la perfección hay que comenzar por cumplir lo que Dios manda a todos los cristianos: “La devoción no es otra cosa que una inclinación general y una disposición del espíritu a hacer lo que agrada a Dios... Antes que nada, es necesario observar los mandamientos generales de ley de Dios y de la Iglesia, que obligan a todo fiel cristiano; sin ello no puede haber verdadera devoción” (L II, 346-347). En este sentido, cuando comienza a explicar en la *Introducción a la vida devota* el itinerario de la devoción, subraya la necesidad de comenzar por la purificación del alma, que implica tanto la purificación del pecado mortal como del afecto al pecado. Solo después es posible referirse al ejercicio de las virtudes.

Pero además de los mandamientos generales, hay que cumplir los deberes que nuestra vocación y estado nos imponen, porque también ellos son expresión de la voluntad divina. Como explica de forma sencilla y familiar en sus cartas, el obispo tiene que visitar a sus ovejas, la persona casada tiene que cumplir sus obligaciones matrimoniales para con su cónyuge y ocuparse del cuidado de los hijos, y el artesano tiene que realizar su trabajo honestamente.

En el camino hacia la santidad, es importante ser fieles en la rutina de cada día, enfrentarse con la vida; no huir de las dificultades que conlleva, de las responsabilidades personales y sociales, de la monotonía y de la aridez. En la fidelidad y en la constancia se fragua el verdadero amor. Cada día es necesario confirmar la voluntad de servir a Dios enteramente, sin reservas, según su designio, sometiéndonos a su voluntad no solo en las

---

<sup>15</sup> Cf. M. WIRTH, *François de Sales et l' éducation*, Éditions Don Bosco, Paris 2005, 417-429.

<sup>16</sup> Cf. A. RAVIER, *Les trois grandes oeuvres spirituelles de François de Sales: une mystique de la action chrétienne*, Gallimard, Paris 1969, pp. LXXXI-LXXXII.

cosas extraordinarias, sino también en las más ordinarias: “Se engañan muchas personas, porque solo se preparan para las grandes adversidades y se quedan sin armas, sin fuerzas y sin la menor resistencia ante las pequeñas; cuando sería preferible estar menos preparado para las grandes, que suelen llegarnos muy de tarde en tarde, y estarlo más para las pequeñas que se nos presentan diariamente en cada momento” (O V, 186).

Por eso invita tantas veces a la práctica de las “pequeñas virtudes”, que conducen a un estilo de vida de honestidad, serenidad y profunda alegría, como invita también a las acciones sencillas de visitar a los enfermos, servir a los pobres, consolar a los afligidos y otras semejantes. Quiere persuadirnos de tomar en serio en la vida espiritual, “las pequeñas injurias e incomodidades”, “las pérdidas diarias de poca importancia”, “las pequeñas ocasiones”, “los leves detalles de caridad ordinarios”, “los pequeños dolores y sufrimientos”, porque, “como dichas circunstancias se presentan a cada momento, he ahí un interesante medio de acumular riquezas espirituales” (I III, 35). El más pequeño de estos aspectos y detalles adquiere un valor extraordinario si se vive con amor. Todo depende de la intención que ponemos en nuestras acciones: no somos más perfectos ni más agradables a Dios por las muchas penitencias y ejercicios espirituales, sino por la pureza del amor con el que los hacemos.

Quizá por su amor a lo sencillo, a la honradez y fidelidad cotidiana, el obispo de Ginebra supo admirar como nadie la santidad de las modestas aldeanas, de los pastores de la montaña cubiertos de nieve y de hielo, con los que comparte su choza, de las viudas pobres y de los campesinos. Veía sus vidas fértiles y fecundas como los valles hondos, mientras las de tantos encumbrados en el mundo y en la Iglesia, ¡estaban completamente heladas!

En esta perspectiva se sitúa la llamada a la santidad que hace el papa Francisco en la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*. Subraya el papa que el Espíritu Santo derrama santidad por todas partes en el pueblo de Dios. Si san Francisco de Sales se refería a la santidad en los hogares, talleres, comercios, cuarteles, palacios, con la misma sencillez y frescura habla Francisco de la “santidad de la puerta de al lado: “Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: en los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esa constancia para seguir adelante día a día veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad de la puerta de al lado, de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios o, para usar otra expresión, la clase media de la santidad”<sup>17</sup>.

También Francisco, como el obispo de Ginebra, insiste en que para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosos o religiosas, en que no hay que pensar que la santidad está reservada a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias para dedicarse a la oración, porque: “estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día”. Por eso, escribe: “¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa... ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia

---

<sup>17</sup> *Gaudete et exsultate*, 7.

a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales”<sup>18</sup>.

## En el centro, el amor

La santidad vivida en la vida cotidiana es accesible a todos porque no es otra cosa que el amor de Dios. El amor es el secreto de la santidad salesiana y es también el centro de referencia de la llamada que hace el papa Francisco a todos los cristianos. Se trata, en definitiva, de vivir con amor las ocupaciones cotidianas. Porque en la concepción del santo, como advierte Lavelle, hay una identidad entre vivir y amar<sup>19</sup>. Según Bremond, para san Francisco de Sales, “devoción” es sinónimo de “perfección”, y “perfección de “amor puro”<sup>20</sup>.

Con mucha sencillez explica en sus escritos que la santidad brota del amor de Dios y se manifiesta en el amor. Se trata de acoger el amor con que Él nos ama, de vivir en el amor del Padre como vivió Cristo: “Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó” (*Ef 5, 1-2*). Por ello, de forma insistente repite que es la caridad y solo ella, la que nos pone en camino de perfección: “La devoción viva y verdadera presupone el amor de Dios; mejor dicho, no es otra cosa que el verdadero amor de Dios... La devoción no es otra cosa que una agilidad o viveza espiritual por cuyo medio la caridad actúa en nosotros y nosotros actuamos en ella con prontitud y alegría” (*II, 1*).

Por ello, para emprender este camino hay que creer, ante todo, en el Amor; en el amor de Dios hacia nosotros y en el amor nuestro para con Dios: “Mi queridísima hija, ¡cuánto piensa el Señor en usted y con cuanto amor la mira! Sí, mi queridísima hija, Él no solo piensa en usted, sino incluso hasta en el último cabello de su cabeza... No debe tener ninguna sombra de duda de que Dios la mira con amor, pues Él mira con amor hasta a los más horribles pecadores del mundo, al menor deseo que muestren de convertirse” (*L VIII, 170-171*).

En el centro de la concepción de la perfección y espiritualidad salesiana está el amor. Es el quicio de la santidad. Por eso, a lo que se debe tender en la vida espiritual es “a vivir para la gloria del amor divino”; y existe verdadero progreso espiritual cuando se progresa en el amor. Arraiga y vertebra así su doctrina espiritual el santo obispo de Ginebra en la más pura tradición cristiana, recogida y sintetizada por san Agustín de esta manera: “La caridad incipiente es una santidad incipiente; la caridad adelantada, una santidad adelantada; una grande caridad es una grande santidad, y una caridad perfecta es una perfecta santidad”<sup>21</sup>.

Para san Francisco de Sales, ante todo, el amor nace de Dios; es generado por Él. Dios es amor; por amor nos llama a la existencia y nos da a su propio Hijo como redentor. A cambio de este amor, Él desea que le amemos y nos mueve a amarlo, respetando siempre nuestra libertad. Cuando el alma se decide a amar y ama al Señor con todo su ser, el amor realiza la unión del alma con Dios. Esta unión la incita a conformarse

---

<sup>18</sup> *Gaudete et exultate*, 14.

<sup>19</sup> Cf. L. LAVELLE, *Quatre saints*, Albin Michel, Paris 1951, 197.

<sup>20</sup> H. BREMOND, *Histoire littéraire du sentiment religieux en France*, Colín, Paris 1967, I, 104-105.

<sup>21</sup> SAN AGUSTÍN, *De natura et gratia*, cap. 70, nº 84.



plenamente con Él, a unir su voluntad de amante con la del Amado. Y la unión lleva al éxtasis, pero al éxtasis verdadero en el Señor, no a extravagancias e imaginaciones vanas: “La verdadera santidad está en el amor de Dios y no en futilidades de la imaginación, como raptos y arrebatos, que alimentan el amor propio y alejan de la obediencia y de la humildad. Fingirse extasiados es un engaño. Ejercitémonos en la verdadera dulzura y sumisión, en la renuncia propia, en la docilidad de corazón, en el amor a lo que nos humilla, en la condescendencia hacia los demás; ese es el éxtasis verdadero y más amable de los siervos de Dios” (L XI, 185).

Si el amor de Dios llena la existencia, se manifiesta en el amor al prójimo, porque “si alguno dice que ama a Dios y no ama a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Jn 4,20). El obispo de Ginebra siguiendo la lógica evangélica, propone el amor al prójimo como ley suprema de la vida y de la perfección cristiana. En su enseñanza aparece de manera diáfana que la caridad no es simplemente el amor humano; es caridad sobrenatural en su principio y en su objeto. Procede del amor de Dios y lleva a ver y a amar a Dios en el hombre. Es decir, para Francisco de Sales, la caridad es un amor sobrenatural por el cual amamos al prójimo en Dios y por Dios: “¿Cuándo llegará el día en que estemos totalmente impregnados de dulzura y suavidad para con nuestro prójimo? ¿Cuándo veremos sus almas en el pecho sagrado de nuestro Salvador? El que mira al prójimo fuera de ese lugar, corre el peligro de no amarlo pura, constante e igualmente. Pero allí, en ese lugar, ¿quién no lo amará?, ¿quién no lo soportará?, ¿quién no sufrirá sus imperfecciones?, ¿quién lo juzgará malvado?, ¿quién lo encontrará molesto? Él es el prójimo, está en el seno y en el pecho del divino Salvador y ahí es tan amado y amable, que el Amante muere de amor por él” (L VII, 214).

Si nos dejamos amar por Dios y lo amamos, si entramos en el dinamismo del amor divino, en el corazón de Dios nos encontramos todo lo que Él ama. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables; son un único mandamiento. Ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Con mucha claridad y firmeza lo expresa san Francisco de Sales: “El colmo del amor a la divina bondad del Padre celestial consiste en la perfección del amor a nuestros hermanos y compañeros” (T X, 11).

Es importante señalar el fundamento de esta unidad inseparable entre el amor de Dios y el amor del prójimo. Según san Francisco de Sales, se encuentra en la misma unidad divina, como enseña Jesús en la oración sacerdotal (cf. Jn 17): “Dios, que es uno, ama la unidad y la unión; lo que no está unido no le agrada. Ama con amor soberano lo que está unido y conjuntado, es enemigo de la desunión porque todo lo que está desunido es imperfecto, al estar la desunión causada por la imperfección” (S IV, 61). El amor que nos une en Dios, nos hace amar al mismo tiempo todas las obras de Dios, especialmente a nuestro prójimo por Dios. El amor al prójimo es comunión y prolongación con el amor infinito de Dios<sup>22</sup>.

Pero no solo el amor divino llega a nutrir y alimentar el amor al prójimo; riega y vivifica también todas las virtudes, porque según san Francisco de Sales, todas las acciones virtuosas proceden del amor y pertenecen al amor: “Las acciones virtuosas de los hijos de Dios pertenecen todas a la sagrada dilección; unas, porque ellas mismas, con su propia naturaleza, las producen; otras, porque las santifica con su vital presencia; las restantes,

---

<sup>22</sup> Cf. I. van HOUTRYRE, *El amor al prójimo en san Francisco de Sales*, Monte Carmelo, Burgos 2020, 23-42.

por la autoridad y el mandato que tiene sobre las demás virtudes, de las cuales las hace nacer” (T XI, 4). El amor confiere a todos nuestros actos su verdadero valor y densidad.

También el papa Francisco repite con profunda convicción y firmeza que “la santidad no es sino la caridad plenamente vivida”, Y, citando una de las catequesis de su antecesor Benedicto XVI, escribe: “La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya”<sup>23</sup>. Y señala, de forma concreta, cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo que considera de particular importancia para configurar un modelo de santidad ante los riesgos y límites de la cultura actual: aguante, paciencia y mansedumbre, alegría y sentido del humor, audacia y fervor, en comunidad, en oración constante<sup>24</sup>. Ellas nos ayudan a centrar la vida en torno a Dios que ama y que sostiene.

En la invitación particular a la santidad que hace a los jóvenes en la exhortación postsinodal *Christus vivit*, Francisco resalta, ante todo, el anuncio del amor de Dios, que los conduce: “Más allá de cualquier circunstancia, a todos los jóvenes quiero anunciarles ahora lo más importante, lo primero, eso que nunca se debería callar... Ante todo quiero decirle a cada uno la primera verdad: Dios te ama. Si ya lo escuchaste, no importa, te lo quiero recordar: Dios te ama. Nunca lo dudes, más allá de lo que te suceda en la vida. En cualquier circunstancia eres infinitamente amado... Para Él eres valioso, no eres insignificante, le importas, porque eres obra de sus manos... Es un amor que no aplasta, es un amor que no margina, que no se calla, un amor que no humilla ni avasalla. Es el amor de Dios, un amor de todos los días, discreto y respetuoso, amor de libertad y para la libertad, amor que cura y que levanta”<sup>25</sup>.

Ya anteriormente Francisco se había referido también a la santidad cristiana en el ámbito del matrimonio y de la familia. Escribió en *Amoris laetitia*: “Una comunión familiar bien vivida es un verdadero camino de santificación en la vida ordinaria y de crecimiento místico, un medio para la unión íntima con Dios”<sup>26</sup>. Y proponía concretamente vivir una verdadera espiritualidad del amor familiar, “una espiritualidad del vínculo habitado por el amor divino”. Desde una perspectiva social destaca que solo en la práctica y cultivo del amor divino “haremos posible la amistad social que no excluye a nadie y la fraternidad abierta a todos”<sup>27</sup>.

## Espíritu de libertad

Dios es Amor y Libertad; y así nos ha creado. Formándonos a imagen y semejanza suya, quiere que “como en Él todo sea ordenado en el alma por el amor y para el amor” (T I, 6). Lo importantes es, pues, que nuestra vida y nuestra acción estén orientados por el amor y que no tengan más fin que amar. Por eso la exhortación a hacerlo “todo por amor” vuelve una y otra vez a los labios y a la pluma del santo obispo. Es la expresión más hermosa de la libertad. Para vivir plenamente el amor de Dios, propone el camino y el espíritu de libertad: “Hay que hacer todo por amor y nada por la fuerza; hay que amar más la obediencia que temer la desobediencia” (L II, 359).

---

<sup>23</sup> *Gaudete et exsultate*, 21.

<sup>24</sup> Cf. *Gaudete et exsultate*, 112-157.

<sup>25</sup> *Christus vivit*, 111-117.

<sup>26</sup> *Amoris laetitia*, 316.

<sup>27</sup> *Fratelli tutti*, 94.

La libertad es la clave de la verdadera grandeza humana; constituye el contenido de la dignidad de la persona. Por ella se hace y construye el ser humano; llega a ser persona y llega también a ser cristiano. Así lo expresa Francisco de Sales: “La libertad es lo más estimado por el hombre, porque es la vida de nuestro ser, porque es el don más precioso que podemos regalar y es también lo último que abandonamos, a lo que más nos cuesta renunciar. Algo tan excelente que el demonio no lo puede tocar; merodea y ronda alrededor de ella, pero no puede forzarla. Ni Dios mismo que nos la ha dado, la quiere obtener por la fuerza; cuando pide que se la demos, reclama que sea francamente de buen grado. No ha obligado nunca a nadie a servirlo, ni nunca jamás lo hará” (S III, 335).

Dios respeta la libertad de la persona. Él la crea no para petrificarla y violarla. Nunca se impone. Sugiere, propone, invita: “La gracia actúa tan suavemente y se adueña tan delicadamente de nuestros corazones, que ninguna lesión causa a la libertad de nuestra voluntad; mueve con energía y finura los resortes del espíritu, y nuestro libre albedrío no sufre violencia alguna; tiene fuerzas no para oprimir sino para aliviar al corazón; usa de santa violencia no para violentar, sino para seducir nuestra libertad; obra con decisión, más con tanta suavidad que la voluntad no se siente quebrantada bajo el peso de su acción; presiona, pero no aplasta la libertad; en medio de tantas solicitudes, consentiremos o resistiremos según nuestro beneplácito” (T II, 12).

Así expresa san Francisco de Sales el camino espiritual que propone. Quiere hombres y mujeres libres, no esclavos al servicio de Dios. Quiere hijos e hijas que acojan libremente su amor y libremente respondan a él: “Me agradan las almas vigorosas y fuertes, pues de no ser así, si un gran cariño les enreda el corazón, lo inquieta y lo distrae del recurso amoroso a Dios, impide el abandono total y la muerte del amor propio. Lo que no es de Dios, es nada para nosotros” (L X, 216).

En una larga carta a la señora de Brûlart, en los comienzos de la dirección espiritual, en la que le señala lo aspectos que debe tener en cuenta en el camino de la perfección cristiana, le asegura que lo más importante en la devoción es “servir al Señor con alegría y libertad”. De manera muy sencilla le explica que la devoción implica sobre todo “una disposición espiritual para hacer lo que es grato a Dios”. Es decir, se trata de la “expansión del corazón” en el sentido en que habla el salmista: “Correré por el camino de tus mandatos cuando me ensanches el corazón” (Sal 119, 32). Son muchos, dice el santo, los que andan por el camino de Dios; “pero los devotos corren por él y los que lo son en alto grado, vuelan”, precisamente porque su corazón está ensanchado, no constreñido, pueden correr y volar sin ataduras ni impedimentos (cf, L II, 345-352). Casi con las mismas palabras lo repite en la *Introducción a la vida devota*: “Las personas de bien que aún no han alcanzado la devoción se levantan hacia Dios mediante sus buenas acciones, pero raras veces y con lentitud y pesadez; en cambio, las almas devotas vuelan hasta Dios pronta y libremente” (I I, 1).

El progreso espiritual es un camino de libertad, aceptando y respondiendo agradecidos a los dones de Dios. En el despliegue de la gracia y del amor divino entra siempre en juego la libertad humana. El ejercicio de la libertad nos lleva al seguimiento de Jesús, a buscar la voluntad de Dios, a aceptarla, cumplirla y amarla. En la antropología salesiana, la libertad constituye un principio fundamental para la andadura espiritual. La santa libertad de los hijos de Dios es para Francisco de Sales norma y programa de vida. Así se lo explica a la señora de Chantal en la carta programática de su dirección espiritual,

a la que hemos aludido: “Le dejo el espíritu de libertad”, explicándole también su significado: “No el que excluye la obediencia, que esa es la libertad de la carne, sino el que excluye la coacción y el escrúpulo o la solicitud inmoderada... Todo hombre de bien se aleja de las acciones en las que hay pecado mortal y no les tiene ningún afecto; esa es una libertad necesaria para la salvación... Pero la libertad de la que hablo es la de los hijos muy queridos. Consiste en un desprendimiento del corazón humano de todas las cosas para seguir la voluntad de Dios reconocida” (L II, 352-370). Es decir, el espíritu de libertad al que se refiere el obispo de Ginebra es la actitud y el ejercicio de la libertad filial.

Así entendida, esta es la verdadera norma de conducta que san Francisco de Sales sigue y propone: que en todo “reine la santa libertad y que no tengamos más ley ni urgencia que la del amor” (L III, 184). La norma suprema de la vida cristiana y juicio también de la santidad es el amor. Y la libertad que Dios nos da, es libertad para el amor. Seguir el espíritu de libertad es amar según el espíritu, pues el amor es la vida del alma. Se trata de vivir acompañados y guiados por el amor, de amar mucho a Dios, y por amor de Dios, a todas las criaturas. Todo en nuestra vida está sometido y ordenado al amor de Dios.

El espíritu de libertad conduce a vivir en Dios, en su amor, orienta a buscar, sobre todas las cosas, su voluntad. Hacer todo por amor de Dios es dejar que Él nos guíe y gobierne, ponernos en sus manos y dejarle hacer; e incluye también abandonar en sus manos nuestra voluntad y nuestra libertad. Nunca somos más libres que cuando dejamos que Dios disponga de nosotros: “Nuestro libre albedrío nunca es tan libre como cuando se hace esclavo de la voluntad divina; nunca tiene tanta vida como cuando muere a sí mismo y nunca tiene tanta muerte como cuando vive para sí” (T XII, 10).

A esta libertad interior que guía hacia el amor de Dios se refiere también el papa Francisco, destacando su importancia en el camino hacia la santidad. Para él, no hay mayor libertad que “la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera”<sup>28</sup>.

Francisco presenta la llamada universal a la santidad a luz de las bienaventuranzas, que son “el carnet de identidad del cristiano”. Y, al explicar la primera, “bienaventurados los pobres de espíritu”, la relaciona con la santa indiferencia que proponía san Ignacio de Loyola y a la que tan ampliamente recurre san Francisco de Sales. Para él significa el tránsito de nuestra voluntad “para vivir por completo en la voluntad divina; es entonces cuando ni sabe ni quiere desear nada, sino que se abandona totalmente y sin reservas a esa voluntad de la divina Providencia y empapándose de ella de tal modo que ya no se la ve, sino que *está escondida con Cristo en Dios* (Col 3, 3), donde vive, no ya ella misma, sino que la voluntad de Dios vive en ella” (T IX, 13).

Dentro del marco de las bienaventuranzas señala también el papa algunas notas de la santidad en el mundo actual; entre ellas, la audacia. Para el papa, la santidad es *parresía*, que, como explica, es audacia, empuje evangelizador, entusiasmo; es obrar con libertad. La *parresía* apostólica expresa “la libertad de una existencia que está abierta porque se encuentra disponible para Dios y para los demás”<sup>29</sup>. Es el sentido de la libertad

---

<sup>28</sup> *Evangelii gaudium* 280.

<sup>29</sup> *Gaudete et exsultate* 129.

salesiana, la libertad urgida y apremiada por el amor. Con el papa Francisco se podría decir que este espíritu de libertad constituye la manifestación del verdadero “sello del Espíritu de Dios”.

## **La alegría, camino de santidad**

Según san Francisco de Sales existe una relación íntima entre devoción, amor, libertad y alegría. La verdadera devoción es dulce, alegre y amable. Como hemos insistido, según el santo, la devoción consiste en el amor de Dios; y en el amor está no solo la fuente, sino también la plenitud de la alegría. Lo importante en la vida espiritual es buscar y amar la voluntad de Dios: “Hay que amar lo que Dios quiere y, una vez reconocido, procurar hacerlo alegremente” (*L III*, 18-22).

Vivamente recomienda someter la propia voluntad a la divina con libertad y alegría: “No quiero una devoción extravagante, confusa, melancólica, molesta, triste, sino dulce, suave, agradable, apacible, muy libre, que se haga amar de Dios primero, y después de los hombres” (*L III*, 59-60); “una devoción prudente, fuerte, inquebrantable y enteramente alegre” (*L VI*, 195).

La alegría constituye el verdadero espíritu de la devoción, el alma de la santidad. Ser cristiano es “gozo en el Espíritu Santo” (*Rom* 14. 17), porque como explica santo Tomás, al amor de caridad sigue el gozo<sup>30</sup>. Cuando el corazón está en Dios, no se puede menos de ser felices y alegres. En cambio, la tristeza es uno de los grandes enemigos de la devoción. Es necesario alejarse de ella, permanecer en la santa paz y llenar el corazón del amor de Dios; sin él, nuestros corazones están sin vida y nuestra vida sin felicidad: “¿De qué puede entristecerse quien sirve a Aquel que será para siempre nuestra alegría?” (*L X*, 31).

Desde la convicción de que el servicio a Dios llena el corazón humano de alegría escribe a una de sus hijas atormentada por la inquietud y la tristeza: “No puedo entender cómo deja entrar esa enorme tristeza en su corazón, cuando vive desde hace ya mucho tiempo en el seno de su misericordia y está consagrada a su amor... Esos pensamientos tristes y melancólicos nos los pone el enemigo con la única intención de cansarnos y molestarnos” (*L VIII*, 417). El enemigo se sirve de la tristeza para tentar a los buenos, del mismo modo que procura alegrar a los malos en sus pecados: “La tristeza turba el alma, siembra la inquietud en ella, produce necios temores, mata el gusto por la oración, embota el entendimiento, priva al alma de consejo, de resolución, de juicio y de ánimo y abate las fuerzas; en una palabra, es como duro invierno, que marchita la belleza del paisaje y acobarda a todos los animales, privando al espíritu de suavidad y cerrándolo al desarrollo de todas sus facultades” (*I IV*, 12).

Desde la concepción de la alegría como fuente y plenitud del amor, la invitación a caminar siempre alegremente es constante en las recomendaciones de Francisco de Sales: “Mantenga su corazón ensanchado, descánselo a menudo en los brazos de la Providencia... Viva alegre. Tenga ánimo, sirvamos bien a Dios, fijos en su sagrado costado, que nada nos turbe” (*L XI*, 143-144); “Viva alegre, toda llena de Dios y de su santo amor” (*L X*, 216); “Viva muy alegre, muy animosa, muy unida al Salvador; y que

---

<sup>30</sup> Cf. *S. Th.* I-II, q. 70, a. 3.

la divina bondad se digne bendecir la santa unidad que ha creado en nosotros y la santifique cada vez más” (*L VI*, 360); “Viva generosa y gozosa en Aquel que es nuestra única alegría” (*L VII*, 24).

Dios nos quiere alegres. Por ello insiste el santo: “Vaya con alegría en el camino celestial en que Dios la ha puesto. Esté gozosa en el Señor y conserve su corazón en paz (*L III*, 53); “Mantenga el corazón lleno de amor, de un amor dulce, apacible y sereno... Viva gozosa pues está dedicada por entero al gozo inmortal, que es Dios mismo” (*L IV*, 79); “No pierda el espíritu de la santa alegría en todos sus actos y palabras, pues con ella dará consuelo a cuantos la vean, para que glorifiquen a Dios, lo cual es nuestra única pretensión” (*L IV*, 57). En el camino de la perfección hay que caminar alegremente confiando en el Señor, a pesar de nuestras imperfecciones. El gozo y la alegría han de acompañar todas las acciones cotidianas, también las más ordinarias. Pero, de manera especial se ha de mantener la alegría en los momentos de prueba y sufrimiento interior, en las penas y aflicciones que nunca faltan: “Conserve su corazón dilatado ante Dios, esté siempre alegre en su presencia. Él nos ama, nos quiere... Seamos entera y solamente de Él; querámosle aunque las tinieblas y las tormentas nos rodeen y las aguas de la amargura nos lleguen hasta el cuello. Si Él nos sostiene, no tenemos nada que temer” (*L III*, 193).

Con la alegría, el obispo de Ginebra quería significar muchas cosas: el gozo de vivir manifestado en lo cotidiano; la aceptación de los acontecimientos como camino concreto de la voluntad de Dios; la confianza en lo positivo de las personas; el sentido profundo del bien y la convicción de que siempre es más fuerte que el mal. Pero en su enseñanza, la verdadera y más profunda alegría radica sobre todo en llegar a “contemplar el rostro de Dios tan deseable, mejor dicho, lo único deseable para las almas”. De tal modo que “nuestros corazones sienten una sed que no puede ser apagada por los deleites de la vida mortal, de los cuales los más apetecibles, si son moderados, no satisfacen, y si son excesivos, aturden” (*T III*, 10).

Sintiendo vivamente el deseo de Dios, exclama: “¡Qué alegría sentiremos en el cielo, cuando veamos al amado de nuestros corazones como un mar infinito cuyas aguas se componen de perfección y bondad!”. Del mismo modo que los ciervos, acosados y perseguidos durante largo tiempo, cuando llegan sedientos a la clara corriente de un manantial experimentan el frescor de las aguas, así también “nuestros corazones, llegados a la fuente viva de la divinidad después de tantos suspiros y afanes adquirirán mediante la complacencia todas las perfecciones de su Amado y probarán goce pleno con el placer de su vista saturándose de venturas inmortales” (*T V*, 1).

La alegría cristiana se sitúa más allá de los éxitos, de que las cosas nos vayan y salgan bien; más allá del ruido, la algarabía, el frenesí; más allá de las cosas, de los consumos y pasatiempos; más allá de nuestra sensibilidad y afectividad. Es alegría pascual. Procede no de nuestros triunfos, sino del triunfo del Resucitado, que con su entrega de amor, nos da vida en abundancia y nos muestra el camino de la verdad y de la felicidad. Y esta es, para el obispo de Ginebra, la raíz y la fuente de la verdadera alegría. ¡Cómo no vivir con alegría, si tenemos la certeza de que Dios nos ama y nos salva! Somos obra de un Dios que, sin cesar, quiere comunicarnos su amor: “Viva alegre, querida hija; Dios la ama y le dará la gracia de que lo ame; es la suprema dicha del alma en esta vida y en la eterna” (*L V*, 180). La alegría cristiana está enraizada en la vida cotidiana, pero es una alegría centrada en Jesús. De Él procede, Él la acompaña y con Él se comparte.

La alegría constituye una de las claves más importantes de su orientación a la santidad. No solo es necesario evitar y rechazar la tristeza; hay que estar siempre alegres: “Despierte frecuentemente en su espíritu el espíritu de alegría y dulzura, y esté segura de que ese es el verdadero espíritu de la devoción” (L III, 112).

La alegría en la vida cristiana, especialmente en el camino de la santidad, es también uno de los rasgos más característicos del papa Francisco, desde los comienzos de su ministerio pontificio. Ya en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), comenzaba diciendo: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”<sup>31</sup>. Según Francisco, el Evangelio “invita insistentemente a la alegría” y la alcanzamos “gracias al encuentro con el amor de Dios”. Porque “llegamos a ser plenamente humanos cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos...”. Es el amor de Dios quien nos devuelve el sentido de la vida<sup>32</sup>.

La santidad no nos hace menos humanos, porque es el encuentro de nuestra debilidad con la fuerza de la gracia. Por eso, en su exhortación sobre la santidad en el mundo actual, advierte: “No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre te pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser”<sup>33</sup>. Y cita el papa la conocida sentencia de León Bloy: “en la vida existe una sola tristeza, la de no ser santo”.

Ve Francisco la alegría como una de las notas importantes en la llamada a la santidad en el mundo; y quiere hacerla resonar en el marco de las bienaventuranzas, defendiendo que el santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor: “Si dejamos que el Señor nos saque de nuestro caparazón y nos cambie la vida, entonces podemos hacer realidad lo que pedía san Pablo: *Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos* (Flp 4, 4)”<sup>34</sup>. Jesús resucitado da al cristiano la seguridad de que su tristeza se convertirá en alegría. Es una seguridad interior, una serenidad esperanzada de que, aunque “hay momentos duros, tiempos de cruz, nadie puede destruir la alegría sobrenatural que se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado más allá de todo”<sup>35</sup>.

Dios nos quiere positivos, agradecidos y no demasiado complicados: “Es tanto lo que recibimos del Señor para que lo disfrutemos, que a veces la tristeza tiene que ver con la ingratitud, con estar tan encerrado en sí mismo que uno se vuelve incapaz de reconocer los regalos de Dios”<sup>36</sup>.

Refiriéndose en concreto a los jóvenes, en el gran anuncio que les hace del amor de Dios, les asegura al mismo tiempo que “su amor no es triste, sino pura alegría que se renueva cuando nos dejamos amar por Él”<sup>37</sup>. Porque el amor del Señor ni humilla, ni avasalla: “es tan real, tan verdadero, tan concreto, que nos ofrece una relación llena de

---

<sup>31</sup> *Evangelii gaudium* 1.

<sup>32</sup> Cf. *Evangelii gaudium* 5-8.

<sup>33</sup> *Gaudete et exsultate*, 32-34.

<sup>34</sup> *Gaudete et exsultate*, 122.

<sup>35</sup> *Gaudete et exsultate*, 124.

<sup>36</sup> *Gaudete et exsultate* 126.

<sup>37</sup> *Christus vivit*, 114.

diálogo sincero y fecundo”<sup>38</sup>. Y en la carta apostólica que dirige a las personas consagradas en el año dedicado a la vida consagrada (fecha el 30 de noviembre de 2014), les propone de manera especial ser “testigos de la alegría”. Confiesa Francisco que lo que de verdad espera en ese año de gracia es que se haga realidad lo que ha dicho ya en otras ocasiones: “Donde hay religiosos hay alegría”, porque en la vida religiosa “estamos llamados a experimentar y demostrar que Dios es capaz de colmar nuestros corazones y hacernos felices sin necesidad nuestra felicidad en otro lado... Que entre nosotros no se vean caras tristes, personas descontentas, porque un seguimiento triste es un triste seguimiento”<sup>39</sup>.

## Necesidad de un guía

Después de explicar, en la *Introducción a la vida devota*, en qué consiste la devoción, sus propiedades y excelencia y de destacar que conviene a toda suerte de estados y profesiones, subraya san Francisco de Sales la necesidad de un guía para iniciarse y progresar en ella: “Cuando al joven Tobías se le ordenó ir a Ragés, dijo: *No conozco el camino. Ve, pues* –le replicó su padre- *y busca a un hombre que te acompañe* (Tob 5, 2-4). Lo mismo te digo yo, Filotea. ¿Quieres de veras entrar en la devoción? Busca un hombre de bien que te guíe y te conduzca; he aquí la más importante de las recomendaciones” (I I, 4).

Según san Francisco de Sales, para entrar y progresar por el camino de la perfección cristiana es necesario dejarse guiar; es decir, es necesaria la dirección, la guía, el acompañamiento espiritual. No basa su convicción únicamente en la propia experiencia. Aduce también la experiencia y el testimonio de santa Catalina de Siena, san Luis, santa Teresa y, especialmente, de san Juan de Ávila: “Por más que busques, dice el Beato Ávila, jamás encontrarás con tanta seguridad la voluntad de Dios como por el camino de esa humilde obediencia tan recomendada y practicada por todos los antiguos devotos” (I I, 4)<sup>40</sup>.

Puesto que, según el santo, la perfección de la vida cristiana consiste “en la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios, que es la soberana regla y ley de nuestras acciones” (O V, 185), es importante comprender que a ello solo se llega a través de las mediaciones humanas; y entre ellas, Francisco de Sales destaca la mediación de la dirección espiritual, que tiende precisamente al discernimiento de la divina voluntad y es el camino más seguro. Y a eso exhorta el obispo de Ginebra: a abrazar sin reservas y con alegría la santa voluntad de Dios, porque “Dios ama a aquellos a quienes de todo corazón y en cualquier circunstancia pueden decirle: *hágase tu voluntad*” (L IV, 75).

A quienes quieren adentrarse en el camino de la perfección, Dios los llama al sometimiento de la propia voluntad a su designio amoroso, a su divino beneplácito. Esta es la más grande ciencia a la que podemos aspirar y que, por ello, difícilmente podemos alcanzar solos: “La verdadera y santa ciencia consiste en dejar a Dios que haga y deshaga en nosotros y en todas las cosas lo que le plazca, sin otra voluntad y elección, reverenciando en profundo silencio lo que, por nuestra debilidad, el entendimiento no

---

<sup>38</sup> *Christus vivit*, 117.

<sup>39</sup> *Testigos de la alegría*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2014, 19.

<sup>40</sup> La cita del texto de san Juan de Ávila se encuentra en su obra *Audi filia*, 55.



acierta a comprender, porque sus designios pueden a veces ser ocultos, pero siempre son justos” (L XI, 186). Se trata, pues, en la dirección espiritual, de ayudar a desvelar los designios de Dios, a hacer comprender al entendimiento cuanto no logra por sí solo, a dejar que Dios sea Dios en nosotros.

En el pensamiento de san Francisco de Sales, la persona, al avanzar hacia el amor, al realizar la voluntad de Dios, se realiza a sí misma y, al realizarse, se libera. De modo que, en el fondo, la dirección y guía espiritual es necesaria para ser capaces de emprender el quehacer primero y fundamental que la persona humana ha de desarrollar: la tarea de la propia realización. Es necesaria para conseguir llegar a ser lo que somos.

En vez de perderse en laberintos de ficciones e imaginaciones devotas, la dirección espiritual conduce al reconocimiento y la aceptación de la propia identidad y de la propia vocación. El sentido de su necesidad aparece especialmente cuando se la aprecia como orientación de toda la vida y ayuda al desarrollo de la propia vocación. La dirección espiritual mira a toda la persona que busca y se encamina a cumplir la voluntad de Dios en la propia vida, y que la cumple y realiza en la propia existencia.

Pero, para dejarse acompañar y guiar por otros, es necesaria la sencillez y la humildad. Hay almas, les dice a sus primeras hijas de la Visitación, “tan seguras de sí mismas que no quieren ser conducidas más que por el Espíritu de Dios, y les parece que todo lo que se imaginan son inspiraciones del Espíritu Santo, que las agarra de la mano y las guía en todo lo que quieren hacer”. Para probar su engaño, les presenta el ejemplo de san Pablo, quien, interpelado por Jesús para emprender el camino de la conversión, es confiado sin embargo a Ananías por el mismo Jesús, para que le instruya, le diga y enseñe todo lo que debe de hacer. Y arguye el santo doctor: “¿Ha habido vocación más especial que la san Pablo a quien el mismo Nuestro Señor habló para convertirlo?... ¿Y vamos a creernos nosotros más favorecidos por Dios que san Pablo, pensando que quiere conducirnos Él mismo sin mediación de ninguna criatura?” (E VI, 214).

Sintiendo la importancia de la dirección y, en particular, del director espiritual, anima el santo a buscarlo y a pedirlo al Señor, para abrirle después el corazón con toda sinceridad, sencillez y confianza. Y termina el capítulo cuarto de la primera parte de la *Introducción* con esta recomendación: “Te lo vuelvo a repetir; pídeselo a Dios y, cuando lo hayas conseguido, bendice a su divina Majestad; sé constante, sin andar buscando a otro y prosigue adelante sencilla, humilde y confiadamente, pues harás un viaje en extremo dichoso”.

Una de las insistencias más frecuentes en las intervenciones del magisterio del papa Francisco ha sido sobre la importancia y necesidad del acompañamiento espiritual en la comunidad cristiana. En *Evangelii gaudium* se refería al acompañamiento personal desde la perspectiva pastoral de la evangelización y afirmaba: “La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos –sacerdotes, religiosos y laicos- en este arte del acompañamiento, para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3, 5)... El acompañamiento espiritual debe llevar más y más a Dios en quien podemos alcanzar la verdadera libertad”<sup>41</sup>.

---

<sup>41</sup> *Evangelii gaudium*, 169-170.

Esta es la verdadera finalidad del acompañamiento espiritual: guiar al encuentro con el amor de Dios. Y en este sentido se entienden las palabras del papa: “Necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño... Solo a partir de una escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida”<sup>42</sup>.

Desde una perspectiva pastoral concreta es importante también la referencia al acompañamiento personal que hace Francisco en *Amoris laetitia*. Se refiere al acompañamiento en el camino de preparación al matrimonio, en los primeros años de vida matrimonial y ante las situaciones de crisis, angustias y dificultades<sup>43</sup>. En todas ellas se trata de anunciar el Evangelio de la familia hoy y “de hacer experimentar que el Evangelio de la familia es alegría que llena el corazón y la vida entera”<sup>44</sup>.

De manera especial, se refiere en la exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit* al acompañamiento espiritual de los jóvenes: “Los jóvenes necesitan ser respetados en su libertad, pero también necesitan ser acompañados”<sup>45</sup>. Y resultan muy significativas las cualidades que el papa pide para quien desempeña la tarea pastoral como acompañantes: “Que sea un auténtico cristiano comprometido con la Iglesia y con el mundo; que busque constantemente la santidad; que comprenda sin juzgar; que sepa escuchar activamente las necesidades de los jóvenes y pueda responderles con gentileza; que sea muy bondadoso, y consciente de sí mismo; que reconozca sus límites y que conozca la alegría y el sufrimiento que todo camino espiritual conlleva”<sup>46</sup>.

## El gran reto

Leer y escuchar hoy el mensaje de la santidad para todos de san Francisco de Sales a la luz de las palabras del papa Francisco significa no solo contemplar y admirar la cercanía y actualidad del santo obispo de Ginebra; en el fondo supone el reconocimiento de la santidad como el gran reto de la vida cristiana.

San Francisco de Sales es admirado como un santo muy cercano. Según Luis Lavelle, “de todos los santos no hay ninguno que me parezca más metido en el mundo, y, como consecuencia, más cercano a nosotros que san Francisco de Sales”<sup>47</sup>. Efectivamente, fue un hombre metido y comprometido en su tiempo; un tiempo de cambios vertiginosos, ideológicos, políticos, espirituales, un tiempo de guerra y violencia, de intolerancia e intransigencia. Fue un hombre representativo de la nueva edad, la Edad Moderna, caracterizada por la gran aspiración a la liberación de opresiones políticas y religiosas; un hombre moderno, que bebiendo en las hondas fuentes del renacimiento, buscó la integración entre fe y humanismo; un hombre apasionado por la cultura y por

---

<sup>42</sup> *Evangelii gaudium* 171.

<sup>43</sup> Cf. *Amoris laetitia* 205-252.

<sup>44</sup> *Amoris laetitia* 200.

<sup>45</sup> *Christus vivit* 242.

<sup>46</sup> *Christus vivit* 246.

<sup>47</sup> L. LAVELLE, o. c., 177.

llevar la cultura al pueblo. Y fue especialmente un pastor lleno de *parresía* evangélica, de audacia y creatividad, capaz de discernir los signos de los tiempos y los medios más adecuados para la evangelización.

Desde esta audacia apostólica y desde su gran disposición al discernimiento, cuando la aspiración a la “devoción” se dirigía simplemente a “los que se alejaban del mundo” y emprendían “camino de un retiro absoluto”, Francisco de Sales lanza el mensaje sorprendente de una santidad intramundana, santidad en la vida cotidiana, en el propio estado, condición y profesión.

Aunque su vida discurre en un lugar y tiempo concretos, en un determinado contexto social, cultural y político, su mensaje tiene una resonancia mucho más amplia. Hoy esta resonancia nos llega en las palabras del papa Francisco, que retomando el mensaje de la tradición cristiana, tan vivamente anunciado por san Francisco de Sales, nos dice a todos los cristianos que “Dios nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada”<sup>48</sup>.

Como en los tiempos del obispo de Ginebra, tampoco la santidad aparece hoy como un ideal de vida para los hombres y mujeres de nuestro tiempo y de nuestro mundo. Lejos de resultar atractiva, es algo que “va muy a contracorriente con respecto a lo que es costumbre, a lo que se hace en la sociedad” y “el mundo nos lleva hacia otro estilo de vida”<sup>49</sup>. Como sucedía en el siglo XVII, también y de manera particular hoy eclesialmente la santidad constituye el gran reto.

Pero no solo es necesario proponerlo, hacerlo resonar. El horizonte de la santidad requiere convicciones profundas, espíritu crítico ante los signos de los tiempos, arraigamiento místico, sentido práctico y audacia apostólica. Y quizás es necesario sobre todo que, como hizo san Francisco de Sales, la invitación y llamada a la santidad vaya acompañada de una pedagogía concreta de la santidad, capaz de adaptarse a los ritmos de las personas.

La *Introducción a la vida devota* es un gran libro de pedagogía religiosa<sup>50</sup>. El autor lo dirige a Filotea, nombre simbólico con el que quiere designar a toda persona, hombre o mujer, “amante o enamorada de Dios” (*I*, Prefacio), cualquiera que sea su situación en el mundo. Busca motivar y convencer a través de avisos, consejos, advertencias, recomendaciones, ejercicios y enseñanzas para llegar a “convertir el simple deseo de Filotea en una resolución plena”, a través de “palabras claras e inteligibles”. Y sirviéndose de comparaciones tomadas de la vida real, de ejemplos, imágenes y metáforas logra lo verdaderamente importante: hacer atractiva la virtud, la perfección, la santidad<sup>51</sup>. Porque hubiera sido inútil ofrecer a los cristianos un ideal de perfección, sin lograr inspirarles al mismo tiempo el deseo y los medios para realizarla. El valor y el mérito de san Francisco de Sales están precisamente en mostrar la santidad verdadera, sin rebajarla ni licuarla, y presentarla con convicción como accesible y amable a todos.

Y esta es la audaz pretensión del papa Francisco al proponer la santidad a todos los cristianos y a encarnarla en el propio estado y condición. Surge de la convicción de

---

<sup>48</sup> *Gaudete et exsultate* 1.

<sup>49</sup> *Gaudete et exsultate* 65.

<sup>50</sup> Cf. M. WIRTH, *o.c.*, 182-184.

<sup>51</sup> Cf. B. MACKEY, *Préface*, en *OEA* III, LII-LIV.

que Dios nos quiere santos y que, al pedirnos la santidad, nos lo pide todo, ofreciéndonos, al mismo tiempo, “la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados”<sup>52</sup>. Por ello, “promover el deseo de la santidad” significa “compartir una felicidad que el mundo no nos podrá quitar”<sup>53</sup>.

---

<sup>52</sup> *Gaudete et exultate*, 1.

<sup>53</sup> *Ibidem*, 177.